

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO VI. }

MÉXICO, FEBRERO 1º DE 1876.

{ NUM. 101.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION SETIMA.

Reino mineral.—Diversas especies de tierras.—Diversos metales.—La Virgen de alabastro.—El presbiterio en las nieves.

Noviembre comenzaba; el aire era agradable aun en el fondo de los valles. El sol, que se habia levantado envuelto en nubes de vapores, se despojaba al cabo de algunas horas de aquellos húmedos velos, y arrojaba sus suaves y brillantes rayos sobre los collados desnudos ya de verdura.

Elvira y Valeria se complacian en recorrer las alturas en aquellos momentos deliciosos, y en dibujar los paisajes mas pintorescos de las cercanías de Montrol. Pero desde que las sombras, despues de haber invadido el valle, comenzaban á desplegar sobre las rojizas vertientes de las eclinas los ne-

gros pliegues de su manto, dejábase sentir un viento desagradable, y nuestras dos amigas abreviaban su paseo, y corrian á tomar asiento junto al anchuroso hogar donde chisporreaba el sarmiento de llama viva y pasajera, ó la ulla bituminosa y la cepa seca de un año ántes.

Entónces comenzaban las lecturas interesantes, los largos relatos, las dulces y agradables conversaciones. Amable estacion, en que se goza de los campos como en verano, y de los encantos del hogar como en invierno.

Hacia ya algunos meses que Valeria, atenta á cuanto se ofrecia ante sus ojos, parecia ávida de adquirir nuevos conocimientos. Dichosa de poder dar gracias á Dios por algun nuevo beneficio, preguntaba á su amiga el nombre, el uso, el origen de cada uno de los objetos que notaba en sus pequeñas excursiones. ¿Qué país puede ofrecer mayor alimento á la curiosidad estudiosa, que ese que Elvira y Valeria recorrían juntas con sus lapiceros en la mano? «Ni un solo rincon hay en la Ruesga que no presente fenómenos interesantes. El estudio de la historia natural de esta pequeña provincia seria una ocupacion muy agradable para un hombre instruido que pudiese disponer de su tiempo á su voluntad. ¿Qué cosa, en efecto, mas capaz de

«satisfacer la curiosidad de un observador que esas «diversas minas de plata, de cobre, de alumbre, de «vitriolo, de hierro, y aun de oro, que tanto tiempo há se explotan en esta provincia, y algunas de «las cuales constituian en los primeros siglos, segun refiere Strabon, el principal recurso de los «Rutenios? ¿Qué estudio puede presentar mayor «atractivo que el de esos arbustos, de esos simples «de toda especie que tapizan nuestras montañas; «de esos collados siempre cubiertos de fuego y de «humo que arden tantos años hace en algunos cantones de la Ruesga; que el del interior de esas grutas profundas, por las cuales parece que se penetra en las entrañas de la tierra, para robarle los «secretos de la vegetacion ó para contemplar las «vías ocultas de las fuentes y de los arroyos?.....

«Tales son las grutas del Salzac, de San Lorenzo, «de Nodelle, de Salles, de Vabrais, del Estang, cerca de San Saturnino, donde se encontró, hace algunos años, una cabeza de hombre perfectamente petrificada. En muchos parajes de la Ruesga, parece que el suelo está sostenido por las bóvedas de esos inmensos subterráneos, y á veces se oye bajo los piés de los caballos un ruido sordo que retumba en las cavidades que la misma naturaleza ha socavado en el seno de la tierra.»

Un día, en que nuestras dos amigas, cansadas por un paseo mas largo que de costumbre, se habian sentado algunos momentos á orillas de un arroyuelo de rápida corriente, y de agua tan cristalina que podian contarse las piedrecillas que cubrian su fondo, y aun las briznas mas pequeñas de musgo, Valeria admiró la limpidez de sus aguas, y preguntó dónde tomaba su origen.

Elvira.—En las montañas de..... En estas montañas, amiga mia, formadas de rocas calcáreas, nacen multitud de arroyos notables como este, por la limpidez, la bondad y sobre todo la abundancia de sus aguas.

Valeria.—*Calcárea!* esa es una palabra que oigo pronunciar con frecuencia y que he olvidado preguntarte lo que significa.

Elvira.—Significa susceptible de ser reducida á cal. Son piedras calcáreas las que encierran cal, y se las reduce á esta materia por la accion del fuego. Ya sabes que la cal es una sustancia blanca y muy acre, que se emplea en las obras de arquitectura, en la fabricacion del vidrio, etc.

Elvira.—Sí, la he visto emplear cuando se construyó el pabellon que está en el fondo del jardin. ¿Conque así hay muchas clases de piedras? ¿Hay tambien muchas clases de tierra?

Elvira.—Sin duda. ¿No has oido á los agricultores nuestros vecinos designar las cualidades de las diversas tierras que cultivan por una multitud de nombres que hacen referencia á su color, ó á la naturaleza de sus producciones vegetales ó minerales? Así, dan los nombres de *tierras negras, rojas, grasas, etc.*, á las que los naturalistas designan mejor con los nombres de *tierras volcánicas, de minas, vegetales, areniscas, calcáreas, graníticas, y esquisticas.*

Valeria.—¿Quieres explicarme los nombres de todas esas tierras?

Elvira.—Supuesto que parece interesarte, lo haré con mucho gusto.

Ya te he dicho cuál es la figura del planeta que habitamos, pero no te he hablado aún de las diversas sustancias de que está formado: yo misma, no tengo sobre este asunto interesante sino conocimientos bastante limitados, que me esfuerzo, como sabes, por ensanchar cada día con estudios continuados. En fin, voy á decirte lo poco que he aprendido.

« La tierra se compone de *capas ó bancos* de diferentes materias, al ménos en cuanto á su superficie. El interior del globo no nos es conocido. Parece que el granito forma una bóveda en rededor de la tierra, pues que las cordilleras de montañas y los terrenos de mayor extension reposan sobre « bases de granito. » *

Valeria.—¿Qué es eso de granito?

Elvira.—Una piedra cenicienta y muy dura. Las montañas graníticas se llaman montañas *primitivas*, porque no están como las otras mezcladas de despojos; por esto se cree con fundamento que existen desde el principio del mundo, y tales como Dios las crió. Los terrenos secundarios son los que se han formado en consecuencia de acontecimientos que han trastornado el globo, y entre ellos principalmente el diluvio, el cual, como te he dicho ya, acaeció mil quinientos años despues de la creacion.

Estos terrenos secundarios se componen de restos de los terrenos primitivos mezclados con despojos de animales y de vegetales, que existian, segun se cree, ántes de esas grandes revoluciones de la naturaleza.

Valeria.—Me has dicho, mi querida Elvira, que al retirarse el mar de la cima de algunas montañas, cubiertas por él durante algun tiempo, dejó montones de peces y conchas que se hallan aún en ellas. Pues mira; yo no puedo creer eso.

Elvira.—Muy fácil es darte pruebas, y las tendrás el día que vayamos á la montaña de *Caussenoir*, cerca de M..... « Allí se encuentra infinidad de conchas y de peces fósiles de todas formas y tamaños; « algunos no mayores que habas, otros de un pié de

« ancho y una longitud proporcionada. Su figura « no es ménos variada que su tamaño. Unos parecen una pequeña barca; otros presentan la forma « de una trompeta; muchos están contornados en « volutas de varias espirales que se ensanchan por « un lado, y terminan en punta por el otro; algunos « están rayados en forma de peines, y se asemejan á « las conchas con que se adornan los peregrinos de « Santiago; varios tienen la forma de un mango de « cuchillo. » *

La materia en que, por lo comun, se encuentran mas vestigios de animales se llama *spath calcáreo*.

Valeria.—¿Qué significa ese nombre tan raro, *spath*?

Elvira.—*Spath* es una palabra alemana que designa muchas piedras cristalizadas, pero mas particularmente lo que se llama en términos de química el cristal de carbonato de cal, sustancia célebre por la propiedad que tiene de duplicar las imágenes que se miran á través de ella. Esta misma propiedad se encuentra en otras piedras, pero en esa fué donde se observó primeramente. Además, el *spath calcáreo* no se diferencia de los mármoles y de las piedras de cal mas comunes sino en que se ha formado mas despacio.

Esta materia se encuentra en la tierra, formando capas muy extensas. La creta, la piedra de edificar, el mármol, las concreciones ó estaláctitas, el alabastro, pertenecen á esta sustancia.

Valeria.—La caja blanca que mi padrino me regaló, ¿no es de alabastro?

Elvira.—No, no es de verdadero alabastro. Se parece mucho á una clase de piedra que los mineralogistas llaman *alabastrita*. Lo hay muy cerca de aquí, y precisamente en esas montañas donde nace ese arroyo que estás viendo, y de que hablábamos hace poco.

Valeria.—Precisamente..... Mi padrino me dijo, riendo, que la habia cogido en las montañas de M....

Elvira.—Esta piedra se corta con facilidad, y toma, como has visto, un pulimento que se acerca al del mármol. He visto vasos hechos de esta materia, y adornaban muy bien la mesa de una chimenea: son de un blanco nacarado, y su trasparencia permite leer, á algunos pasos de distancia, á la luz de una bujía colocada dentro de ellos.

Valeria.—Yo quisiera ver vasos hechos de esa materia.

Elvira.—No léjos de aquí me han hecho ver una cosa mucho mas curiosa. Es una de esas mismas piedras á la cual la naturaleza ha dado una forma tan bella y regular, que se la creeria trabajada por el cincel de un estatuario. Representa una mujer con un niño en los brazos y adornada la cabeza con una corona de estrellas.

Valeria.—Esa es una Santísima Virgen.

Elvira.—La actitud de esa figura es en efecto la que se dá á las imágenes de la Virgen María.

En esta conversacion, nuestras dos amigas se alejaron de las orillas del arroyo, y entraron en un bosque de viejas encinas, cuyos ramos, mústios ya por el otoño y agitados por una fresca brisa, despedían de sí una lluvia de hojas secas y muertas, que se quebraban con rumor bajo sus pasos. Entre aquellos árboles mejestuosos, se hacia notar uno que parecia ser el decano, el rey de la selva: una de sus raíces habia tomado una forma circular, y de ella habian surgido cinco retoños que, creciendo al lado de su madre, parecian apoyar en sus robustos brazos sus frentes ya altaneras, y formaban con ella una bóveda donde los pastores hallaban abrigo contra el sol abrasador del verano y los vientos glaciales del invierno.

—Aquí es, dijo Valeria, donde quisiera yo ver la Virgen de alabastro.

Elvira.—Tienes razon: el nicho es digno de la imagen. Esas dos singularidades, una en el orden vegetal y la otra en el mineral, se realizarian mutuamente.

Valeria.—¿De qué están hechas las bellas estatuas que tú has visto en Paris, y de que tantas veces me has hablado, Elvira?

Elvira.—Las hay de bronce, de piedra, pero principalmente de mármol.

Valeria.—En este país hay mármol, no es verdad?

Elvira.—Lo hay en casi todos los departamentos de Francia. El de las canteras de F*** y de P***, á algunas leguas de aquí, es de calidad inferior y se emplea solo en obras comunes. El de C*** es superior; pero yo pienso que el único mármol estatuario que se puede hallar en Francia se halla en los Pirineos.

La mayor parte del que emplean nuestros artistas viene de Italia. Este país posee canteras de una grande riqueza, que produce una gran variedad de este mineral precioso para las artes.

La Italia, Carrara, es la que ha dado á los artistas la materia que su cincel ha animado. ¡Feliz mano la que sabe dar alma á cuanto toca! Feliz suelo el que suministra al génio, material para sus obras inmortales! Paros y Carrara me parecen mejor dotados que Chile y el Perú.

Las canteras de Paros eran en otro tiempo célebres por sus mármoles magníficos. Véaselos, divinizados por el génio de Aténas, decorar su pomposo recinto, y ofrecerle las imágenes de sus dioses y héroes. Pero estas canteras están hoy abandonadas.

Como te he dicho, los mármoles pertenecen á las materias calcáreas; se han formado con despojos del reino animal que los siglos han molido, reunido, amasado, endurecido y convertido en piedra.

En la clase de los *cuarcos* ó guijarros, se colocan los *silex* ó ágatas, y el cristal de roca.

Valeria.—Cómo! ¿el cristal, esa materia tan brillante y que parece tan frágil, se encuentra tambien en la tierra?

Elvira.—Pues mas te admirará el que se encuentre en ella sál.

Valeria.—Yo creia haber oido decir que se la sacaba del agua de mar.

[Continuará.]

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO VI.

DIFERENTES APLICACIONES DE LA URBANIDAD.

ARTICULO I.

DE LOS DEBERES RESPECTIVOS.

I

Las personas entre quienes existen relaciones especiales, ya sean accidentales ó permanentes, se deben respectivamente ciertas consideraciones tambien especiales; y aunque sobre este punto se encuentren nociones suficientes en los principios generales de moral, civilidad y etiqueta contenidos en esta obra, no hemos creído supérfluo el presentar aquí algunas reglas particulares que fijen de una manera mas determinada y concreta el carácter de estas consideraciones.

II

Deberes entre padres é hijos.—La afabilidad y la franqueza del padre, y el respeto y la sumision del hijo, forman un sublime concierto que hace de sus relaciones el encanto de la vida doméstica. Ni el padre hace sentir innecesariamente al hijo la fuerza de su autoridad, ni el hijo abusa jamás de los derechos que le concede la amistad y el obsequioso cariño del padre (§ VI, art. 7.º del cap. 3.º) Unidos y entrelazados ambos por el vínculo mas dulce y mas sagrado que existe en la naturaleza, sus relaciones esían siempre sustentadas por un afecto inextinguible, y amenizadas por las demostraciones de la mas exquisita civilidad, que son las que nacen naturalmente de un sentimiento profundo de amistad y benevolencia.

III

Entre esposos.—Las relaciones conyugales son las que exigen mayor suma de prudencia, delicadeza y decoro; así porque la conducta recíproca de los

esposos ejerce una directa y poderosa influencia en el órden y la felicidad de las familias, como porque la indisolubilidad del vínculo que los une no les deja otro arbitrio que el escándalo, una vez perdida entre ellos la consideracion que se deben, á la cual se sustituye siempre la discordia con todos sus abominables caracteres.

IV

El hombre de buenos principios se manifiesta siempre atento, afable y condescendiente con la compañera de su suerte, con aquella que, abandonando las delicias y contemplaciones del hogar paterno, le ha entregado su corazon y le ha consagrado su existencia entera; y sean cuales fueren las contrariedades que experimente en la vida doméstica, sean cuales fueren los disgustos que conturben su ánimo, jamás se permite ninguna accion, ninguna palabra que pueda ofender su dignidad y su amor propio. Colmándola por su parte de consideraciones y respeto, le atraerá indudablemente la consideracion y el respeto de hijos, domésticos y de todas las demás personas que la rodeen; y apareciendo en todas ocasiones discreto, delicado y decoroso, le dará ejemplos de discrecion, delicadeza y decoro, que influirán ventajosamente en su conducta para con él mismo, y en el desempeño de los importantes deberes que están especialmente á su cargo, como la primera educacion de los hijos, el gobierno de la familia, y la inmediata direccion de los asuntos domésticos.

V

La mujer, por su parte, respira en todos sus actos aquella dulzura, aquella prudencia, aquella exquisita sensibilidad de que la naturaleza ha dotado á su sexo; y corresponde al amor exclusivo que en ella ha puesto el hombre que le ha considerado como el centro de su mas pura felicidad, haciendo que él encuentre siempre á su lado satisfaccion y contento en medio de la prosperidad, consuelos en los rigores de la desgracia, estimacion y respeto en todas las situaciones de la vida.

VI

Entre sacerdotes y seculares.—El ministerio del sacerdote es tan sublime; son tan puras y tan eminentemente sociales las doctrinas contenidas en la ley evangélica, que es la ley suprema de todas sus acciones; y su alto carácter exige tal dignidad y decoro en sus maneras, que naturalmente debe aparecer en él en todas ocasiones un comportamiento fino, delicado y atento.

VII

Quando el sacerdote sube á la cátedra del Espíritu Santo á explicar el Evangelio, á predicar las sublimes doctrinas del Divino Maestro, á censurar los vicios y las malas costumbres, á encaminar, en fin, á los fieles por el sendero de la religion y la moral, no puede salir de sus labios ninguna palabra que no sea culta y decorosa, ninguna palabra que de alguna manera pueda alarmar el pudor y la inocencia, y vaya á producir efectos contrarios á los que él mismo se propone.

VIII

El tribunal de la penitencia es el asiento de la discrecion, de la delicadeza y de la decencia. Allí se postra frecuentemente la inexperta jóven, que aún no se ha acercado ni con el pensamiento al intrincado laberinto de las debilidades humanas, á implorar la remision de aquellas ligeras culpas que son propias de su edad, y á pedir consejos saludables á la paternal solicitud del sacerdote; y toca á la ilustrada prudencia de éste el contemplar los fueros de la inocencia, omitiendo en sus preguntas y en sus advertencias, todo aquello que pueda ir á estar demás en las impresiones de una alma tierna y candorosa. En general, el lenguaje del confesor será siempre dulce, consolador y caritativo, atrayendo las almas al camino de la bienaventuranza por medio de la persuasiva elocuencia de la virtud, sin emplear jamás la acritud y la dureza, de que por cierto no dió ejemplo el mismo Hijo de Dios con los pecadores arrepentidos.

IX

Una de las mas augustas funciones del sacerdote es la de prestar al moribundo los últimos auxilios espirituales, en los cuales encuentra éste el mayor de los consuelos que pueden ofrecérsele, y recibe la prenda de la mayor de las felicidades, que es la prenda de la salvacion eterna. ¿Y cuánta no debe ser la prontitud y la eficacia del sacerdote en prestar estos auxilios? ¿Cuál no debe ser el espíritu de caridad y de sacrificio de que se revista, para desempeñar esta obligacion en cualquiera oportunidad, en cualquiera hora del dia ó de la noche, y aun cuando para ello tenga que sufrir privaciones, incomodidades y fatigas? El sacerdote que, por no interrumpir el sueño, ó por ahorrarse una penalidad cualquiera á que no le fuese imposible someterse, desoyese la voz del moribundo, hollaría el mas sagrado de los deberes de la caridad evangélica, derramaría el desconsuelo y el escándalo en las almas piadosas, y se haría indigno de representar sobre la tierra á Aquel en quien todo fué amor á los hombres, abnegacion profunda, sacrificios sin reserva.

X

Las consideraciones que los seculares deben á los sacerdotes, quedaron suficientemente indicadas en la parte moral de esta obra (cap. I); pero debe aquí advertirse que en los actos puramente sociales, es de muy fina educacion el considerarlos siempre como superiores, y tributarles todas las atenciones que como á tales les son debidas. Sucederá muchas veces que un sacerdote, en su calidad de hombre, no reuna todas las circunstancias que en general determinan la superioridad intrínseca, y que, bajo este respecto, sea él inferior á las personas con quienes se encuentre en sociedad; mas como la preeminencia absoluta que la urbanidad concede al sacerdote está fundada en el sagrado carácter de que se halla investido, éste suple en tales casos en él los fueros de la edad, de la categoría y de la representacion social.

XI

Entre magistrados y particulares.—Los magistrados, así como no tienen otro norte que la conciencia y la ley para el ejercicio de su ministerio, tampoco pueden apartarse, en su trato con los particulares, de las reglas de la moral y de la urbanidad, de cuya observancia no los releva en manera alguna la posicion que ocupan.

XII

El magistrado que, prevaliéndose de la autoridad que ejerce, atropella los fueros de la decencia y de alguna manera ofende la dignidad de las personas que ante él se presentan, abusa vil y torpemente de su posicion, hace injuria á su propio ministerio, y manifiesta además una educacion altamente vulgar y grosera. Aun el desgraciado que con sus crímenes ha horrorizado á la sociedad, tiene el mas perfecto derecho á ser respetado en su carácter de hombre; y el magistrado que le hace experimentar los rigores del desprecio, ó le niega las consideraciones que la humanidad y la ley no le han negado, no solo falta á sus deberes legales y sociales, sino que viola los mas sublimes principios de la caridad cristiana, la cual cubre con su generosa égida la miserable condicion del infeliz cuyos excesos le han entregado al brazo de la justicia.

XIII

En cuanto á los particulares, en todos los casos en que hayan de ventilar y sostener sus derechos, y aun en aquellos en que se vean desposeidos de la justicia, ellos deben circunscribirse á los límites de la moderacion y la decencia, sin faltar jamás al respeto debido á los magistrados, y sin usar de otro lenguaje ni valerse de otros medios que los que están autorizados por las leyes civiles y sociales.

XIV

Entre superiores é inferiores.—El hombre de sentimientos nobles y elevados, es siempre modesto,

generoso y afable con sus inferiores y jamás deja de manifestarse agradecido á los homenajes de consideracion y respeto que éstos le tributan. Léjos de incurrir en la vileza de mortificarlos haciéndoles sentir su inferioridad, él estrecha la distancia que de ellos le separa, por medio de un trato franco y amistoso, que su prudencia sabe contener dentro de los límites de su propia dignidad, pero que un fino tacto despoja de aquel aire de favor y proteccion de que se reviste el necio orgullo, cuando á su vez pretende obsequiar la inferioridad.

XV

El inferior tratará siempre al superior con suma atencion y respeto; pero téngase presente que todo acto de sumision ó lisonja que traspase los límites de la dignidad y el decoro, es enteramente ajeno del hombre bien educado y de buenos sentimientos, por cuanto la adulacion es la mas grosera y ridícula de todas las bajezas, y, como hija de la hipocresía, revela siempre un corazon poco noble y mal inclinado.

XVI

Nada hay mas indigno entre superiores é inferiores que un acto cualquiera de indebida ó excesiva confianza: en los primeros, esto aparecerá siempre como una muestra de poca dignidad, y á veces de menosprecio; en los segundos, como una falta de consideracion y respeto, y al mismo tiempo como un signo de la mas necia vulgaridad. Cuando el superior usa de una oportuna y delicada confianza con el inferior, le manifiesta por este medio una estimacion especial, á que debe corresponder el inferior con aquella cordialidad y franqueza que el hombre discreto sabe siempre hermanar con la moderacion y el respeto.

XVII

Entre abogados y clientes.—El abogado debe poseer un fondo inagotable de bondad y tolerancia, para que pueda ser siempre cortés y afable con sus clientes. La persona que se encuentra empeñada en una litis, considerada de grande importancia la eficacia de su patrocinante, y naturalmente le busca con frecuencia para suministrarle datos, para informarle de los accidentes que ocurren, y á veces sin otro objeto que estimularle á obrar con la actividad que ella desea y recomendarle mas y mas su negocio. Y como las variadas ocupaciones de un abogado no le permitirán siempre entrar de muy buena voluntad en estas conferencias, especialmente cuando no las encuentre oportunas é indispensables, es necesario que se arme en tales casos de paciencia y considere que estas son incomodidades inseparables de su profesion, á fin de que no se manifieste nunca enfadado, y no incurra en la brusca descortesía de recibir mal á aquel que ha depositado en él su confianza, y le ha creído capaz de defender hábil y honradamente sus intereses.

XVIII

Un cliente no debe, por su parte, abusar de la tolerancia y cortesanía de su abogado, haciéndose pesado en la narracion de los hechos de que necesite imponerle (§ I, art. 1.º, sec. 5.º, del cap. 5.º) ni con frecuentes visitas, con consultas fútiles é impertinentes, ó con recomendaciones innecesarias que pueda interpretar como una ofensiva desconfianza de su lealtad y su eficacia. Es una vulgaridad, y al mismo tiempo una señal infalible de un entendimiento vacío, el entregarse exclusivamente á un pleito, sea cual fuere su entidad, haciéndolo constantemente la materia de la conversacion, y manifestándose preocupado de esta única idea; y es de aquí que nace esa ofuscacion que conduce á un cliente á molestar y fastidiar á su abogado, manejándose á veces como si éste no tuviese otra ocupacion que atender á su negocio.

(Continuará.)

El envidioso y el avaro.

(FABULA.)

Llegaron ante el asiento
De Júpiter poderoso,
Por un lado un envidioso,
Y por otro un avariento.

Él les dijo: «qué queréis?»—
Y ellos, con gran sumision,
Le contestaron: «un don
Que hacer á entrambos podeis.»

—«¿Qué don?»—«El de ver cumplido,
Bueno, malo, lindo ó feo,
Cada cual nuestro deseo:
¿Habeis, señor, comprendido?»

—«Comprendo hasta la intencion
Con que ese ruego me haceis,
Y otorgado lo teneis;
Mas con una condicion:

De los dos, pídamelo el uno
Lo que quiera para sí,
Y al punto obtendrá de mí
Lo que creyere oportuno.

El otro estará callado,
Y nada me pedirá;
Y en premio recibirá
Lo mismo, pero doblado.»

—«Es decir, que si soy yo,
Dijo el avaro, el que pido,
Seré con uno servido,
Y con dos el otro, no?»

—«Exactamente.»—«Es cruel
Entónces hablar primero,
Pues si yo un tesoro quiero,
Le regalo dos á él.»

—«Pues pide dos.»—«Tendrá él cuatro,
Y eso será en mi desdoro,
Pues vos sabeis que es el oro
El solo bien que idolatro.»

—«Por eso mismo lo digo;
Mas pues eliges callar,
Sea el primero en hablar
Ese que viene contigo.»

—«¿Yo, señor? ¡Antes me dome....
¿Queréis que así como así
Le haga mas bien que yo á mí,
Cuando la envidia me come?»

—«Pues entónces id con Dios.»
—«Pero, señor....»—«Nada, nada:
O es mi propuesta aceptada,
U os vais sin nada los dos.»

—«¡Habrà cosa como ella!
Dijeron entónces ambos;
Pero veamos entrambos
Cómo arreglar tal querella.

La idea es original,
Y en trances que son tan fuertes,
No hay cosa como echar suertes:
Un dado, Jove inmortal!»

Jove, echándose á reir,
Volcó un dado presuroso,
Y tocóle al envidioso
Lo consabido: pedir.

—«¡Qué gozo!» exclamó el avaro:
—«¡Maldicion!» el otro dijo:
«A pedir, á pedir, hijo,
Repuso aquel, y hable claro.»

—«¿Pedir yo? ¡Buena embajada!
Tan solo por que él no tenga
Nada que al fin bien le venga,
Me marchó sin pedir nada.»

—«Es que eso no es lo tratado,
Y yo reclamo de vos....»
—«En efecto, dijo el dios:
Pide, envidioso menguado!»

—«Pues bien: ya que tan crüel
Conmigo la suerte advierto,
Sumo Jove, hacedme tuerto,
Y ciegue en el punto él.»

—«Ya me figuraba yo,
Exclamó Jove en el acto,
Que acabaria este pacto
Peor de lo que empezó.

Hola, Vulcano! Aunque cojo,
Lanza de aquí á puntapiés
A esos dos tunos que vés,
Y echa al Olimpo el cerrojo.»—

Y uno y otro ¡suerte perra!
A coces fueron lanzados,
Y en tuerto y ciego trocados,
Dieron de bruces en tierra.

Y el uno lloró sin freno,
Mas no el otro, voto á tal,
Pues gozó en su propio mal,
Al ver doblado el ajeno.

LOS JUEGOS.

EL DOMINGUILLO.

Se han convenido los niños en llamar *dominguillo*, sin que se sepa el verdadero origen de este nombre, á un monigote, que á favor del plomo que lleva en su base, siempre queda de pié derecho aunque se le ponga patas arriba. Por mas vueltas que se le dé y aunque se le ponga de coronilla, no hay remedio, así que se le suelta de la mano, ya dá el dominguillo una voltereta, y ya está de pié derecho, para lo que vdes. gusten mandar.

Don Antero llevó un día á sus sobrinitos un juguete de esta especie, pero no era un dominguillo vulgar y diminuto, sino un enorme y panzudo monigote, un grotesco bamboche de risa perpétua con unas narices y una barba mas que regulares. Los niños á quienes solo el mirar al mono hacia retozar la risa en el cuerpo, se divertieron mucho con él haciéndole bailar en todas direcciones, y dar sendas volteretas; pero esta fiesta se agüó algun tanto, cuando su tío les habló así:

—Es que el dominguillo no ha venido aquí solo para que os divertais con él, sino que tiene á su vez que ajustaros la cuenta. Porque este caballero (y al decir esto daba golpecitos en la cabeza del muñeco) tiene la habilidad de averiguar todo cuanto pasa, y ahora hemos de ver quién es aquí el embustero, el chismoso, el que acusa á sus hermanos.

Al oír estas palabras, los niños se hicieron atrás involuntariamente, quedándose solito y muy tieso el monigote en una punta de la mesa: él siempre riendo, pero ellos mirándole muy serios.

Jorge, uno de los niños, tenia el defecto de acusar á sus hermanos apénas cometian alguna falta, y lo que era todavía mas vituperable, el de levantar por su cuenta algun chismecillo en perjuicio de los demás. Su tío habia advertido este defecto, y para corregir al niño, habia discurrido un medio ingenioso, y que debia hacer impresion.

—Ea, ¡vamos á ver! cada uno de vosotros tiene que ir poniendo la mano encima de este resorte que el dominguillo tiene en la espalda, aquí junto al pescuezo, y si es acuson y chismoso, el mono dirá que sí con la cabeza, y si no lo es, el mono dirá que no. Ea, Jorge, acércate.

Jorge, viéndose interpelado, se acercó temblando; y como que la conciencia le remordia, puso su mano trémula en el resorte, con un tiento como si se fuese á quemar; pero con grande alegría suya y sorpresa de sus hermanos, el monigote dijo que no.

Respiró Jorge y se acercó el otro hermano, que puso con la mayor serenidad su mano sobre el resorte; pero el muñeco dijo claramente que sí.

—¡Yo embustero y chismoso! exclamó el niño, retirándose lleno de confusion y con evidentes ganas de llorar, en tanto que su tío se sonreía.

Faltaba el último niño, que seguro nada tenia que

temer, pues jamás habia incurrido en aquel defecto; se acercó intrépidamente, y plantó con brío su mano sobre el resorte; pero el maldito del mono, no se contentó con decir una vez que sí, sino que lo repitió hasta dos ó tres veces.

¿Quién podrá pintar la indignacion del muchacho viéndose vilmente calumniado, él que tan seguro estaba de su inocencia? Vivo de génio como era, levantó el puño cerrado é iba á descargar sobre el muñeco un soberbio puñetazo que le hubiera hundido la cabeza hasta el pescuezo, si su tío, cogiéndole el brazo, no le hubiera detenido, diciéndole:

—Eres un noble y guapo muchacho: no tienes por qué enfadarte, que el mono ha cumplido con su obligacion. A lo ménos yo he descubierto quién es aquí el verdadero culpable.

Cuando se oprime débilmente el resorte que el mono tiene en la espalda, la cabeza no hace mas que oscilar y el mono, parece que dice que no; pero si se comprime con brío la cabeza dice vivamente que sí. Si yo os hubiera revelado esto ántes de hacer la prueba, cada uno hubiera arreglado el impulso de su mano al estado de su conciencia, y es bien seguro que el mono hubiera dicho siempre que no. Pero no ha sido así, y yo he podido descubrir la verdad, no en los movimientos puramente mecánicos del muñeco, sino en el modo que habeis tenido de tentarle. Bien seguro estaba yo de que el que se sintiese culpable se acercaria con timidez, y su mano no tendria seguridad al tocar el resorte.

Jorge, viéndose descubierto, tomó el partido de confesar oportunamente la verdad, y de prometer la enmienda, por lo que su tío, creyendo que la prueba de aquel día no se le olvidara tan pronto, se limitó á decirle:

—Yo espero que te corregirás de este defecto, con solo reflexionar que es á tus mismos hermanos, á aquellos á quienes mas debias amar, á los que causas perjuicios con tus acciones. El ser el mayor en edad de los tres, no te autoriza para eso, y entiendes muy mal el derecho de proteccion que naturalmente te compete ejerciéndole de esa manera. Léjos de causarles penas y disgustos debes evitárselos y tomar parte en los que no se puedan evitar. Si la mentira es siempre una cosa odiosa y vituperable, ¿cuánto mas lo será, cuando redunda en perjuicio de aquellos seres á quienes debemos dispensar nuestro cariño?

El labriego y el monarca soñando.

(FABULA.)

Un labriego dormia,
Y que era rey en su dormir soñaba;
Y era tal la alegría
Que sueño tal le daba,
Que el mas feliz del mundo se juzgaba.

Con plácido sosiego
Soñaba cierto rey el mismo día
Que era un simple labriego;
Y era tal su alegría,
Que el mas feliz del mundo se creía.

Al despertar los tales,
Dijeron ambos: «¡engañoso ensueño!
¿Por qué han de ser reales
Las penas en su ceño,
Y la dicha y placer tan solo un sueño?»

La contienda.

(FABULA.)

Un ciego, un cojo, un manco y un tullido
Y un tartamudo amaban á una tuerta:
Súpulo un bizco, y á mortal reyerta
Retólos endiablado, enfurecido.

Salen al campo con navaja y porra
El ciego, el cojo, el manco, el tartamudo,
Tullido y bizco..... pero viene un mudo,
Los pone en paz, y vánse, y no hay camorra.—

Cuando mas suele hablarse de asonada,
Tanto mas el rrrrr se queda en nada.